

## Caracteres dignificadores de la ciencia hispánica (\*)

por el

Dr. Juan Nasio



A ciencia de España, de acuerdo con su trayectoria y su misión histórica, debía tener un alto objetivo, una conciencia y una responsabilidad. Plenitud, integridad y fundamento eran los tres elementos o bases éticas en que debería asentarse una ciencia dignificada. La dignidad exigía esas tres esencias, lo mismo que en el hombre exige ideal superior, personalidad y sentimiento. Su quehacer debía armonizar con su pensar. Esta ciencia humana se concretó muchas veces desde este punto de vista, pero lo fué a pesar de su propio sentido incontrolable. En general, siempre se distinguió por su ausencia de dignidad. Si alguien pensara que no es posible hablar de moral en las ciencias, que la ciencia es lo que es y nada más, que escuche con nosotros a Scheler: «Todo saber práctico orientado hacia los fines del hombre en cuanto ser vital tiene que servir en último término al saber culto, puesto que el curso y transformación de la naturaleza han de servir y no dominar al advenimiento del centro más hondo que posee el hombre, es decir el florecimiento de su persona (todo genuino aprendizaje de trabajo debe someterse y servir al verdadero aprendizaje de cultura). Así resulta que la barbarie científica y sistemáticamente fundada sería la más espantosa de todas las barbaries imaginables.» (1)

España, con todos sus dominios y con toda su historia, no hizo nunca otra cosa que defender la libertad y la dignidad humanas, y no encontró otra bandera que la cruz de Cristo. Esa es su lucha por la dignidad de todas las expresiones del hombre, inclusive la ciencia. Deseaba evitar el caos y la barbarie. Los instintos se expresaban en

---

(\*) La revista SAITABI se honra en acoger en sus páginas la colaboración del doctor argentino Juan Nasio, cuyo trabajo publicamos en este número, en el cual están patentes las dotes científicas y literarias que adornan al notable médico y ensayista hispanoamericano.—P. A. R.

(1) SCHELER, M.: *El saber y la cultura*, pág. 76.

necesidades y éstas había que satisfacerlas cada vez mejor, elevando el nivel moral y físico del hombre. Mas no se podían saciar los instintos y amputar el espíritu.

La ciencia indignificada se caracterizó por la ausencia de un objetivo, por la inconsciencia y la irresponsabilidad. Desarrollóse la negación de la fe, el lucro mezquino y la despersonalización. Toda la historia de la ciencia hasta nuestros días está marcada con las negras huellas de estas impresiones caracterológicas. Veremos cómo estos estigmas marchan de acuerdo y se potencian en numerosas oportunidades hasta llegar a la actualidad, en que podemos apreciar sus nefastos resultados.

En primer lugar, al haberse desviado al hombre de su trascendencia, enseñándole —por medio del reformismo religioso y luego por los «librepensadores»— que él era su Dios, se endiosó su quehacer y se deificó la ciencia, tan limitada como precaria. En esta transferencia de lo extrahumano a lo humano, se magnificó extraordinariamente la ciencia. Se olvidaba el hombre que esta aparente magnitud del progreso científico no «se puede comparar en trascendencia a lo que tuvo que hacer el hombre en los albores de su vida humana; a la invención del uso múltiple y fino de la mano, del lenguaje, del fuego, de las armas, de los primeros dibujos y los primeros adornos de los jefes, y de las mujeres, de la criatura y de la rueda, y sencillamente del hallazgo prodigioso de ponerse de pie. Todo esto es trascendencia infinitamente mayor que el vapor o la electricidad, y después de cada uno de esos sucesos trascendentes, el curso de la humanidad ha seguido inmutable» (2).

A esta errónea perspectiva de la importancia de la ciencia se agrega la injusta apreciación de descubrimientos hijos de la casualidad. La importancia del progreso científico, desde este punto de vista cuantitativo, es absolutamente relativa. Lo que adquiere revolucionaria y trascendental importancia es la esencia de un descubrimiento o de una contribución determinada. Ramón y Cajal nos acompaña en esta afirmación, al manifestar: «...En alguna ocasión he topado con sabios renombrados, inferiores, tanto por sus pasiones como por su inteligencia, por el descubrimiento que los sacó de la oscuridad, y al cual llegaron por los ciegos e inesperados caminos del azar. El caso Courtois, del yodo, o si el yodo lo descubrió a él, es más frecuente de lo que muchos se figuran» (3). No pretendemos restar importancia a los descubrimientos científicos que nacieron bajo el signo del azar o de una feliz coincidencia. Pero sí exigimos que no se confundan hechos fortuitos, descubrimientos inesperados, con ciencia dirigida u orientada hacia de-

---

(2) MARAÑÓN, G.: *Tiempo viejo y tiempo nuevo*. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1947, pág. 51.

(3) RAMÓN Y CAJAL, S.: *Regalos y Consejos*, Moya. Madrid, 1920, prólogo, pág. X.

terminados objetivos. Los hallazgos que se producen en este camino racional ya no serán casualidades u hechos azarosos, sino descubrimientos previsibles, verosímiles de producirse o aparecer. España no realizó extraordinarios descubrimientos en el orden científico, pero sí contribuyó poderosamente a ellos y fué precursora en muchos.

Mas el hombre civilizado ha dado importancia extraordinaria a esos descubrimientos fortuitos. Sin embargo, estos progresos colosales, tarde o temprano, había de hallarlos. Esto es cierto, ya que en cada descubrimiento significativo siempre hay precursores de toda índole y hasta descubridores simultáneos, valorándose en estos casos la obra del descubridor que por razones y circunstancias especiales acapara la atención histórica. Es así como importantes descubrimientos que han aparecido en el mundo han tenido sus precursores en España. Alonso de Santa Cruz antecedió a Newton, como Pérez de Oliva lo hizo con respecto al telégrafo de Morse. Los efectos mecánicos de la presión atmosférica, descubiertos por Torricelli, ya habían sido vislumbrados por Arias Montano. Pedro Vargas aplicó por primera vez el manganeso a la industria del vidrio y el ácido nítrico en los metales. Campos y Bataller iniciaron la medicina legal. Huárte se adelantó a la frenopatía y la psiquiatría y descubrió la adaptación antes que Darwin. Clavijo usó la primera bomba de vapor y López Arroyo inventó la maquinaria de pasamanería. Todas las naciones han tenido sus ofertores a las ciencias. Múltiples son los factores que no han permitido un perfeccionamiento o una divulgación de sus contribuciones.

Es necesario saber que el elogio que brindamos a los genios de Leonardo de Vinci, Copérnico, Galileo, Servet, Newton o Franklin no entraña igual ponderación para una época o un puesto determinado. Significa ello que el llamado progreso científico ha sufrido una deformación de apreciación y una hipervaloración inadecuada. Pero existe otro aspecto importante: Es el origen subalterno de muchos grandes descubrimientos, que, si bien no desmerecen a quien honró con la trascendencia de los mismos, obligan a destacar el lucro del interés o de los intereses. La disminución del carbón vegetal y la necesidad de explotar el de piedra precipitó el descubrimiento del vapor. Pasteur fué llamado por los industriales del vino, de la cerveza y de la seda para salvar la economía de Francia; después de varios años de estudio logró demostrar la presencia de la bacteria, aplicándose mucho más tarde su descubrimiento a la medicina. Y como Watt y Pasteur existen cientos de casos. Edison mismo, inventor genial, daría origen más tarde a la red comercial más grande que conoce la historia. Hoy, Dimitri Ivanoski (4), en la Unión Soviética, junto a otros investigadores, realiza

(4) CANNON, W.; WILKINS, H.; ZWORYKIN, V. K., y otros: *La ciencia en la Unión Soviética*. Lautaro. Buenos Aires, 1943, pág. 77.

intensos estudios sobre las enfermedades del virus, pero en los cereales y en las plantas de tabaco. De esta manera comprobamos cómo el vapor, con la revolución en los tejidos, el ferrocarril y la electricidad, factores de civilización y bienestar, han nacido llevando en sí el germen de intereses subalternos. Esto ocurre porque «la civilización transforma de un día para otro una curiosidad de laboratorio en una industria rigurosa y potente, como ha ocurrido con los gases licuados, con la sacarina, el papel pergamino, el algodón, la pólvora, el celuloide, los fulminantes, la seda artificial, el vidrio templado, el acetileno y otros mil cuerpos que, vulgares hoy, fueron desconocidos para nuestros padres» (5).

Justamente en el siglo de Cajal el industrialismo arrasa todo y las consecuencias alcanzan a nuestros días. Elliot, premio Nobel de la literatura, en su último ensayo nos dice: «La edad del industrialismo y de la democracia ha terminado con la mayoría de las grandes tradiciones culturales de Europa y no en menor grado la de la arquitectura. En el mundo contemporáneo, donde la mayoría era semiinstruída y muchos ni siquiera eso, y donde grandes fortunas y enorme poder podían obtenerse explotando la ignorancia y el hambre, hubo una vasta desintegración cultural que se extendió desde América a Europa y desde Europa hacia el Este» (6).

España no podía estar de acuerdo con esta pseudoevolución científica por constitución, por temperamento y por esencia. Sabía que ése no era el camino a seguir, aunque la llamasen «atrasada» y aunque la vituperasen hasta algunos de sus hijos. Hoy vemos con tristeza adónde ha llegado la loca carrera de una ciencia indignificada e inhumanizada. «El movimiento intelectual de nuestra época posee el carácter común de todas las manifestaciones de la actividad humana en este crepúsculo de dos siglos, uno que termina y otro que comienza a ser en el tiempo; hay en todo un incesante cambio, un movimiento de vértigo, una agitación sin tregua que asombra a quien se detiene a contemplar el cuadro y aniquila y destruye a quien participa del torbellino como rodaje o diente de rueda en el mecanismo ciclópeo. Asistimos, quizá a uno de esos momentos en la historia de la humanidad en los cuales la evolución parece perder su rítmico movimiento en el tiempo y, como río en declive, fuerte y repentino, o como enloquecido reloj, hace horas de los días y minutos de las horas...» (7).

En pleno caos europeo, el agonista Unamuno señala el espíritu de la

---

(5) POINCARÉ, H.: *El valor de la ciencia*. Ruiz. Madrid, 1906, t. II, pág. 64.

(6) ELLIOT, S. T.: *Notas para la definición de la cultura*. Emecé. Buenos Aires, 1949, pág. 168.

(7) UNAMUNO, M. DE: «Sobre la pornografía». *Ensayos*, LL., 394; LAÍN ENTRALGO, P.: «España como problema», en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1948, núm. 7, pág. 115.

verdadera ciencia al afirmar: «La creencia de que la civilización está en el retrete, en las calles bien ensanchadas, en los ferrocarriles y en los hoteles» (8). Y Laín Entralgo agrega: «No fué Nietzsche el primero en vituperar al hombre teórico que trabaja al servicio de la ciencia. La otra ha sido una terrible y total supeditación pragmática de la ciencia al interés del saber, al poder o al tener. Del hombre de ciencia —físico, filósofo o historiador— se ha querido hacer, y se ha hecho a veces, un puro servidor del hombre inoperante» (9).

Se ha desarrollado una ciencia desproporcionada entre sus consecuencias y los fines del hombre, fría y monstruosa, indignificada e inhumanizada. Es la ciencia que hoy busca una salida que no encuentra. La misma que, altanera y gozosa, se liberó de la filosofía cristiana, en particular española, y que se desarrolló como un orate perdido, pidiendo de tiempo en tiempo alguna ropa filosófica para cubrir sus miserables consecuencias. La misma que llega hoy con el existencialismo y con la nada, que es el último disfraz, ya que el monstruo encuentra su muerte en su desproporción. El hombre de la ciencia indignificada domina la materia, el tiempo y el espacio; tiene solucionados, por lo tanto, los problemas de alimentación, vestido y vivienda y las posibilidades extraordinarias de su perfeccionamiento cultural. Pero ¿cuál es la realidad, al margen de las guerras, inclusive las frías? Tres cuartas partes del mundo no lo constituyen sólo las metrópolis y sus alrededores. Asia, Africa y Australia también forman parte de él y allí habitan también seres humanos. Y esto no ocurre sólo en aquellos lejanos continentes, sino que también en Europa y América, a pocos minutos de sus principales ciudades, el hambre y la enfermedad merodean continuamente. El Plan Marshall no ha satisfecho los deseos de la humanidad doliente, y los países de postguerra se encuentran en la misma situación que aquellos que no sufrieron la guerra.

En los Estados Unidos la vivienda, el vestido y la alimentación se racionan cada vez más. El bienestar del hombre —por lo menos el material, que es el que la mayoría busca— no se ha encontrado. Por la ciencia indignificada se ha logrado que los obreros que envasan alimentos, fabrican tejidos y construyen aparatos de rayos sufran escasez de alimento y de vestido y que, en caso de enfermedad, no estén en condiciones de aprovechar los beneficios de la radiología.

España, nuestro país y algunos otros, que han sabido adoctrinarse en base al cristianismo, pueden dignificar las ciencias. Este es el único camino que le queda al hombre para no insectificarse por acción del imperialismo del Oeste o del comunismo del Este. No hay posiciones

---

(8) *Ibidem*.

(9) LAÍN ENTRALGO, P.: «España como problema», en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1948, núm. 8, pág. 394.

equidistantes ni intermedias. Hoy el hombre tiene una sola posición: la de su dignidad. Desde la esclavitud romana y desde el sitio de Numancia, que duró cien años, el hombre lucha por su libertad. Esta lucha, que nos la señaló con corazón la épica y quijotesca historia de España, no fué entablada para lograr una libertad de comer, de vestir o de vivir. El hombre que sintió la fe luchó por la libertad para creer. Desde aquí comienza la lucha del hombre, de los pueblos y de las naciones, y en particular España: ser o no ser, creer o no creer. Es el ser creyente, el hombre que lucha por su libertad. El es objeto de la ciencia dignificada.

España no ha tenido más que una meta, un camino y un medio: su esencia. Esta es inmutable y eterna. No podía fijar una meta, tomar un camino o usar un medio que no fuera compatible con su espíritu. Por esta razón jamás España ha estado ni estará de parte de una ciencia que se vende al mejor postor; que no pregunta cuál, sino cuánto; que cambia de objetivo de acuerdo a intereses subalternos; que confunde al hombre con una cosa y que arranca la libertad y la dignidad, subvierte el respeto a lo humano y anula el honor. España y todos los pueblos que respetan la dignidad del hombre nunca podrán sentirse arrastrados por el carro alocado de una ciencia indignificada en una sociedad insectificada.

